(11)

SAYNETE,

INTITULADO

EL CHICO Y LA CHICA,

REPRESENTADO EN LOS TEATROS DE ESTA CORTE.

PARA CINCO PERSONAS.

CON LICENCIA

EN MADRID: AÑO DE 1791.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, junto á la de Barrio-Nuevo; y asimismo otros de diferentes títulos: Comedias, Tragedias y Entremeses.

SAYNETE.

EL CHICO Y LA CHICA.

PERSONAS:

Juanillo.
El Tio Gines.
Rosita.
El Tio Pedro Lanas.
La Tia Blasa, vieja.

El Teatro representa Sala de un Labrador, con puertas á los lados, en la fachada pared con una ventana rasgada, abierta, cortina medio corrida, debaxo una grande escarpia, una mesa, dos taburetes viejos, algun banco, &c. Estará Rosita sentada hilando y cantando el ayrecillo siguiente:

¡Ay, Rosita infeliz,
si á Juanillo le diere
gana de venir!
Mi padre no saldrá,
ni á mí me dexará,
porque está su mercé
rezeloso desde ayer.
Todo es ir y venir,
todo entrar y salir,
yo no sé qué será,
ni puedo sosegar.
¡Ay, Rosita infeliz,
si á Juanillo le diere
gana de venir!
¡Ay, Rosita infeliz!

Sale la Tia Blasa con rueca, vestida de paya, con montera y rebozo.

Blasa. Alabado sea el Señor.
Ros. Dios guarde á usted, Tia Blasa.
¿A qué vendrá aquí esta vieja? *Ap.*
¿Qué busca usted?
Blasa. Nada, nada. (*enfadada.*
¿Dónde está tu padre, niña?
Ros. Yo no sé: todo lo anda
de arriba abaxo, entra y sale,
y en parte alguna descansa.
Blasa. Mejor cuenta le tendria
estarse siempre en su casa.
Ros. ¿Ha cerrado usted la puerta?
Blasa. No, no, no.
Ros. ¿Qué es lo que anda
usted mirando?
Blasa. ¿Es allí
donde tú tienes la cama?
Ros. Sí señora.
Blasa. ¿Y donde duermes?
Ros. Ya se ve.
Blasa. Mira, muchacha:
la virtud es un tesoro
tan grande, que no le igualan
ni los diamantes, ni el oro,
ni las joyas, ni la plata:
sobre todo en las doncellas::-
¡Ay Rosita! ¡quién se hallara
en aquel feliz estado!

ten cuenta con mis palabras:
el honor es una rosa,
que hasta del ayre se aja::-
Ros. ¿Qué me quiere usted decir?
Blasa. Ya me entiendes, buena maula.
Ros. No por cierto.
Blasa. ¿Qué? ¿te ries?
¿Piensas, porque soy anciana,
que chocheo? Pues ya, ya,
ya verás lo que te aguarda.
No les daban á los hijos
sus padres esa crianza
en mis tiempos. ¡Ah costumbres!
Yo te aseguro, bellaca,
que tú me las pagarás.
Ros. ¿Pero por qué me amenaza
usted, Tia?
Blasa. Hé, la mocosa,
la mona, que ayer mañana
mamó, y al instante quiere
subírsenos á las barbas.
Dile á tu padre que tengo
que decirle, que no salga,
luego volveré. ¿Qué miras?
Ya lo verás: calla, calla. *Vase.*
Ros. ¡Con qué entusiasmo vendrá
esta vieja! Vaya, vaya,
que es hoy mal dia: ni sé
cómo estoy, ni tengo gana
de hacer labor.
Dexa la rueca, y se pone pensativa.

Sale Gines.

Gin. Bueno, bueno.
Ros. ¡Padre mio! ¿Qué hay estaba
usted?
Gin. Sí señora, aquí estoy,
viendo como usted trabaja.
Ros. Yo::-
Gin. Tu::- ¿qué?
Ros. De ver á usted
que en parte ninguna para,
y tan inquieto, estoy tan::-
Gin. Tan::- ¿qué?
Ros. Tan desazonada.
Gin. ¿Pues qué tienes tú la culpa?
Ros. Como usted luego que acaba
de comer se echa á dormir
siempre la siesta.
Gin. Está mala
la tarde, y algo revuelta.
Vete á hilar adentro, marcha.
Ros. Y si á usted se le ofrece algo?
Gin. Yo te llamaré.
Ros. ¡Qué cara
que tiene! ¡Pobre Juanillo,
si ahora vienes, y te agarra! *Vase.*
Gin. Mejor quisiera guardar
en desierto una manada
de carneros sin cayado
ni perros, que una muchacha
quando el corazon la empieza
á decir que ya se halla
en edad de que la den
sus padres lo que la falta.

Sale Rosita corriendo.

Ros. ¡Ay, padre mio!
Gin. ¿Qué traes?
Ros. Que ha venido esta mañana
un recado del Alcalde,
y sin duda que le aguarda,
segun la prisa traia,
para cosa de importancia:
vaya usted pronto.
Gin. Ya iré.
Ros. Y á comprar tambien cebada
que es menester.
Gin. Bien está.
Ros. ¿Dónde dexó usted la capa?

Gin. Allí.
Ros. Bien pudiera usted
baxar á ver cómo labra
la huerta el nuevo Hortelano.
Gin. Qué empeño de que yo salga
tienes hoy, Rosita.
Ros. Yo::-
como en estando usted en casa
se pone de mal humor,
y qualquier cosa le enfada::-
Gin. Dime ¿qué te enfado á tí?
Ros. ¿A mí? Lo dirá usted en chanza;
y si no, quédese usted,
y yo iré á ver qué nos manda
el Alcalde, y de camino::-
Gin. No, hija mia de mi alma,
yo agradezco tus cuidados;
pero aguardo á Pedro Lanas.
Ros. ¿Quién? ¿al padre de Juanillo? (*viv.*
Gin. Sí: no me ha salido vana *Ap.*
la malicia: apuesto un quarto
á que ahora le esperaba.
Ros. Ya no saldrá. *Ap.* (*triste.*

Sale el Tio Pedro Lanas.

Ped. Buenas tardes,
Tio Gines.
Gin. Tio Pedro Lanas.
Ped. A Dios, Rosita.
Ros. ¿Está usted
bueno, Tio Pedro? (*agradable.*
Ped. A Dios gracias
tengo salud. Ya lo veo,
tú cada dia mas guapa.
Ros. Y muy criada de usted.
Ped. Lo agradezco. Mi cuñada
me ha dicho que me tenias
algo que decir.
Gin. Sí: calla.
¿Qué haces tú aquí? *á Ros.*
Ros. Voy á seguir (*sentada.*
mi labor.
Ped. Es aplicada.
Gin. Mucho. Vete á la cocina
á disponer unas magras.
Ros. Ya estan.
Gin. Pues vete á la huerta
á coger una ensalada.
Ros. ¿Qué tendrán que hablar?
Se levanta, y da vueltas.
Gin. ¿Qué buscas?
¿Por qué das vueltas?
Ros. Por nada.
Vase, y Gines la sigue con cautela, y vuelve.
Gin. Con que, amigo Pedro, ¿cómo
van las viñas?
Ped. No van malas.
Gin. Lo que va á peor cada vez
son los hombres.
Ped. ¿Me buscabas
para darme esa noticia?
Gin. Ya se fué. Cosa mas ardua
Vuelve á acechar.
es para la que te llamo.
¿Conoces bien esta espada?
Ped. Es de golilla: tres siglos
ha que dura vinculada
en mi familia: con ella
en tiempos que yo rondaba,
he dado mas de mil golpes,
y millares de punzadas.
Gin. ¿A quién?
Ped. A los perros que
me sentian y ladraban.
¡Has visto qué hoja tan dura!
Gin. Mucho.
Ped. ¡Y qué fuerte la taza!
Gin. Ya lo he visto todo: ahora
 atién-

atiéndeme con cachaza.
Ped. Vamos, dí, dí, ya te escucho.
Gin. Tú eres un viudo, á Dios gracias,
y yo otro viudo.
Ped. Es verdad.
Gin. Nuestra muger, que Dios haya,
nos dexó á tí un hijo, y
una hija á mí.
Ped. Muy bizarra.
Gin. Hay está para servirte.
Tambien tu chico es alhaja.
Ped. Tu servidor.
Gin. Pues, amigo,
yo me hallo en las circunstancias
de pedirte ahora un consejo.
Ped. ¿Sobre qué?
Gin. Atiéndeme.
Ped. Habla.
Gin. Si el muchacho que tú tienes
te se volviera muchacha,
y estando ausente ú dormido,
de noche te la rondara
algun mocito, ¿qué hicieras?
Ped. ¿Qué hiciera? Si era de mala
familia ó malas costumbres
el mocito, le pillara,
y le diria: Fulano,
vete, que en vano te cansas;
pues mi hija no es para tí,
porque tú eres un canalla,
un borracho, un holgazan;
(lo que fuera) y si me pasas
otra vez por estas puertas,
ó te arrimas á estas tapias,
te mataré. Y con efecto,
si volvia, le matara,
matara á mi hija; y en fin,
matara toda su casta.
Gin. Mataras á todo el mundo.
Mas volvamos la medalla:
¿Y si el tal te convenia?
Ped. Esa ya es otra tonada.
Si me convenia, entónces,
ó llamaria ó buscaria
al padre del tal muchacho,
y le diria: esto pasa:
hombre, los niños se quieren:
yo no tengo repugnancia,
¿tú tampoco? ¿No? Pues vamos
al negocio: se ajustará
todo tres mas ó tres ménos,
y acabóse la demanda.
Gin. Pues de ese modo, Perico,
no extrañarás que yo haga
lo que tú hicieras. Ayer,
quando me volví á mi casa,
encontré la puerta abierta,
y aunque algo obscura la sala
por ser la Oracion, allí
entre la mesa y la tapia
divisé un bulto, que iba
escapando á quatro patas:
yo, creyendo que era un perro,
le dí un puntapie; he, marcha
á la calle; quando mi hija
del pescuezo se me abraza,
diciéndome: ¡Ay, padre mio!
¡con qué cuidado que estaba
ya, y qué tarde viene usted!
Ped. ¿Y qué la dixiste?
Gin. Saca
una luz.
Ped. Sacó la luz.
¿Y despues?
Gin. Hallé esta espada,
y no mas.
Ped. ¿Adónde? (*admirado.*
Gin. Allí.
Ped. ¡Ah, ah! ¿de ese modo el que anda
á quatro pies es mi hijo? (*riéndose.*
¿Cómo negará la casta?
Yo tambien quando muchacho
te-

tenia esas humoradas.

Gin. Yo tengo otras; y así díle
que no vuelva, ni me haga
la burla otra vez del perro;
porque le pondré una maza,
que aunque le arranquen despues
la cola, no se le caiga.

Ped. Pero, hombre, si los muchachos,
segun parece, se aman,
pudieramos::-

Gin. A eso voy,
y eso es lo que yo pensaba.

Ped. ¿Qué dote le piensas dar
á tu hija?

Gin. Todo y nada.
¿Y tú al tuyo?

Ped. Nada y todo.
El es solo.

Gin. Mi muchacha
tambien es única, y miéntras
heredare lo que haya,
le daré todo lo que
haya hilado esta semana;
el guardapies de su madre,
con que se casó la hermana
de su abuela, que aunque roto,
no tiene ninguna mancha:
le daré sus dos pendientes
y cruz de piedras de Francia:
su par de guantes de seda,
sus cintas, su ropa blanca,
y lo principal de todo,
que es la mitad de la cama
ácia el rincon: la otra media
tú verás si quieres darla
á tu hijo, y si no, que duerma
en el suelo ú sobre el arca.

Ped. Yo creo que les darémos
entrambos cosas que valgan
muy poco, y hagan subir
y sonar mucho la carta
de dote.

Gin. Así se practica.
¿Y quándo piensas que se haga
la boda?

Ped. Este mes de Agosto.

Gin. Es la fuerza de mis parvas
entónces, y yo no puedo:
lo mejor será dexarla
para Octubre.

Ped. ¿Y mis vendimias?

Gin. Pues trasládese á la Pascua
de Navidad.

Ped. Mejor es.

Gin. Pues no se hable mas palabra
en ello. Daca esa mano.

Ped. Toma: y queda la alianza
indisoluble.

Gin. Lo mismo
que si estuviere firmada.
Lo que importa es el secreto,
pues si los chicos alcanzan
á saber esta concordia
entre los dos, adelantan
ellos la suya, y saliéron
todas las cuentas erradas.

Ped. Bien dices: mejor será
fingir que estamos de mala
fe los dos todo este tiempo.

Gin. Me conformo. (*se levantan.*

Ped. La muchacha
viene.

Gin. Si nos habrá oido.

Ped. Disimula.

Gin. Es muy villana (*serio.*
esa accion.

Ped. Mas lo es esotra:
y si á que sois no mirara
un viejo::-

Gin. El viejo lo es él,
y mire bien cómo habla.

Sa-

Sale Rosita asustada.

Ros. ¡Ay! ¡San Antonio! que riñen.
Ped. Eres un ruin.
Gin. Tú un canalla.
Ros. ¿Por qué?
Ped. Mira::-
Gin. Mira tú::-
Ros. Padre mio de mi alma, (*llorando.*
teneos.
Ped. Le he de matar.
Ros. Por Dios, Señor Pedro Lanas.
Ped. Tú te acordarás de mí.
Gin. Y tú de mí.
Ped. No me cayga
mas piedra sobre mís viñas,
ni en el vino gota de agua,
si vuelvo á verte ú hablarte
en mi vida. *Vase.*
Ros. ¡Vírgen Santa!
¡Qué maldiciones! Señor,
¿qué es esto?
Gin. Daca la capa.
Ros. ¿Pues dónde va usted?
Gin. Al infierno.
Si sé que miras ú hablas
en tu vida á este insolente,
á su hijo, á su cuñada,
á sus criados, ó cosa
que le toque ú que le taña,
te he de cortar las dos piernas.
Pues al Juanillo::- qué ganas
le tengo::-
Ros. ¡Pobre de mí!
Gin. Cuenta que á nadie me abras
la puerta::- pero mejor
será dexarte encerrada.

Quita la llave, y vase cerrando por fuera.

Ros. ¿Por qué será esto, Dios mio?
¿Pues hasta ahora no estaban
tan amigos? ¿Yo no ver
á Juanillo? ¡Desdichada
de mí! ¿Qué haré? Obedecer
á mi padre: si llegara
ahora::- Dios me libre. ¡Ay,
que me parece que llaman!
El será.

Dentro Juanillo.

Juan. Rosa, Rosita.
Ros. El es: mas si está cerrada
la puerta, y no tengo llave.
Juan. Tu padre se ha ido á la plaza:
abre Rosa, que yo soy.
Ros. Yo no le respondo: guarda,
me alegro que esté cerrado:
si supiera lo que pasa:
¿si le reñirá su padre?
¡Cómo me baten las alas
del corazon! ¿Si se habrá
ya ido? Sí, que no llama:
voy quedito, con efecto.
¡Qué poca paciencia gasta!
Pues en casándose::-¡Ay¡ (*asustada.*
¡quién menea la ventana!
Yo me escondo. (*se oculta.*

Juanillo, por la ventana, haciendo lo que va diciendo.

Juan. Rosa, Rosa:
con efecto, no está en casa.
Rosa, toma un ramillete:
voy á echarle en su canasta;
que allí le hallará. ¡Qué tino
tan puntual! pero si le halla

cae en medio del tablado.

su padre, ú ella le pisa,
se perdió. Aquí hay una escarpia
grande; y debaxo una mesa.
¿Si podré baxar? Dios vaya
conmigo: á Dios el sombrero

se le cae ácia dentro.

al huerto de la tia Blasa
fué á parar:: pero no importa.

ha

Ha baxado.
Mejor huele, que la albahaca
y el cantueso, el quarto: bien
se conoce que es la estancia
de Rosita: quando encuentre
el ramo, ¡qué sofocada
y aturdida se verá!
Yo escapo. ¡Quién se trocara
en chinche, para quedarse
entre la mesa, y picarla
quando cierre.
Sube sobre la mesa.
Ros. El picaron
se va sin decirme nada:
voy á tirarle el dedal. (*Se le tira.*
Juan. ¡Ah picara, qué ahí estabas!
Baxa otra vez.
Ros. Vete, vete.
Juan. Pero dime::-
Ros. No hay que decir. Que te vayas.
Juan. ¿Por qué te escondes?
Ros. Mi padre
casi ha reñido á puñadas
con el tuyo.
Juan. ¿Por qué?
Ros. Vete.
Juan. Pero escucha una palabra.
Ros. De rodillas te lo pido.
Juan. Ya me iré.
Ros. Si algo te tardas,
me pierdes. Vete.
Juan. Rosita,
ahora no me da la gana. (*se sienta.*
¿Con qué han reñido?
Ros. Sí. Vete.
Juan. No quiero. Dime la causa.
Ros. Juanillo, vete, ú te tiro
esta vedija de lana.
Juan. Mira no me descalabres.
Pero parece que andan
en la puerta.
Ros. Mi padre es.
¡Pobre de mí!
Juan. Calla, calla,
que ya me voy.
Ros. Que te coge.
Juan. Que se aguarde. Esta ventana
se ha hecho mas arriba, desde
que baxé, mas de una vara.
Ros. Ya abrió, corre la cortina;
y tente sobre la escarpia.
Lo executa, como se dice.
Juan. ¿Y si me caigo?
Ros. No importa,
si no te vé.
Juan. Muchas gracias.

Juanillo se mantiene sobre la escarpia, cubierto con la cortina, y saca la cabeza á veces. Rosita asustada. Sale el tio Gines.

Gin. Buena fortuna ha tenido
de que yo no le topara.
Ros. ¿Quién, padre mio!
Gin. Ese Juan,
hijo de Perico Lanas;
toma la hacienda: el dedal
por tierra: la descuidada,
la necia: miren qué bien
gobernaria una casa.
Ros. Yo, Señor::-
Gin. La perezosa,
que no es buena para nada
mas que para enamorarse:
¿y de quién? de un papanatas,
un bagamundo, un bribon,
que enamora á todas quantas
solteras tiene el lugar.
Toma la labor, y canta,
que sueño tengo. (*se sienta.*
Ros. Mejor

estaria usté en la cama.
Gin. Bien estoy aquí: no quiero
mas que dar dos cabezadas:
en durmiendo media hora,
despiértame. Vamos, canta:
¿no cantas?
Ros. Ya voy, Señor.
Gin. Oyes, alguna tonada
de gusto, que á mí, aunque duerma,
ni una gota se me escapa.

Empieza á dormir. Juanillo se asoma. Rosita le mira; y con alguna alteracion canta el siguiente ayrecito gracioso.

Erase un paxarito gracioso,
que cantaba en el bosque de amor;
y subido sobre una ramita,
no volaba por el cazador.
Juan. ¿Se ha dormido?
Sin cesar la música.
Ros. Estate quieto.
Juan. Que me caigo, como hay Dios.
Gin. ¿Qué dices?
Ros. Estoy quedito
repasando la cancion.
Acechando por entre las hojas
y las ramas del mirto de amor,
escuchaba de su paxarita
los halagos, y la tierna voz.
Juan. Achi, achi. *(estornuda.*
Gin. Dios te ayude. *(durmiendo.*
Ros. Y á usted tambien.
Juan. ¿Se durmió?
Ros. Parece que sí.
Juan. ¡Quién fuera
mosquito en esta ocasion!
Ros. Alternando en acordes acentos
noche y dia pasaban los dos::-

Juanillo á querer esforzarse para subir á la ventana, le falsea la escarpia, cae sobre la mesa, y ésta y él al suelo con todo lo que havia encima; de modo que hagan un grande ruido, y despierta el Tio Gines asustado.

Ros. ¡Ay, Juanillo!
Gin. ¿Quién está ahí?
¿quién está ahí? ¿se caen las tapias?
Ros. Es Juanillo.
Juan. Si soy yo,
Tio Gines, ¿de qué se espanta?
Gin. ¿Y á qué vienes aquí? ¿es ese
modo de entrar en las casas?
Pensé que el techo ¡Jesus!
sobre mí se desplomaba.
Juan. ¿Qué es usted medroso?
Ros. Chico, *Ap. con él.*
¿te has roto algo?
Juan. Sí, las nalgas
me he partido por en medio.
Gin. ¿Qué es eso? ¿te has puesto mala
Á Rosita.
tú? Mira de lo que sirves. *(á Juan.*
Niña bebe un poco de agua.
Ros. Ya estoy mejor.
Gin. ¿A qué vienes
aquí tú?
Juan. Si me enviaba
mi padre::- ¿qué le diré?
Gin. ¿A qué? ¡Quál tiembla! Despacha.
Juan. A que usted le hiciese el gusto
de enviarle por hoy su albarda,
porque las de su merced::-
Gin. ¿Qué dices, hombre?
Juan. En la cara
parece que por ahora
está usted bueno, á Dios gracias,
y la señora Rosita.
Gin. Sí, hijo, ya entiendo la maula:
pe-

pero vete ántes que yo
te haga salir.
Juan. ¿Por qué causa?
Gin. Pregúntasela á tu padre:
mas vele aquí.
Juan. Esto faltaba.
Sale el Tio Pedro Lanas.
Ped. Se me olvidó::- ¿ mas que tienes
que hacer aquí tú , canalla?
Juan. Yo pasaba por aquí,
y como le tengo tanta
ley al Tio Gines::-
Gin. Embustero,
¿ pues ahora mismo no acabas
de decir que te envia Pedro
á que le preste mi albarda?
Ped. ¿Albarda yo ? ¿ y cada bestia
tiene la suya en mi casa?
Gin. Enredador::-
Juan. La verdad,
era para un camarada
mio.
Ped. ¿Quién?
Juan. Esmeregildo
el rubio.
Ped. Si está en Granada.
Juan. Pues seria para otro.
¡Hay tal apretar!
Sale la Tia Blasa.
Blasa. Deo gracias:
me alegro de hallar á todos
juntos. Bendiga la parva
el Señor que la crió.
Gin. ¿Qué es eso, señora Blasa?
Blasa. Bien dicen que la desidia
de los padres es la causa
de perdicion en los hijos.
Miren aquí qué crianza.
Vagamundo:: y tú:: ¡ Ah buen Gi-
Picarilla descarada:: (nes!
sí, sí, la que pierde madre,
pierde el castillo y la guardia.
En mi tiempo eran los padres
los que á las hijas guardaban;
y ahora conducen las hijas
á los padres por la barba.
Así el Cielo está irritado.
Gin. ¿De qué?::: *Ped.* ¿De qué?
Blasa. Como alzara
la cabeza ahora tu madre, (*á Ros.*
¡ qué azotes que te esperaban!
Ros. ¿A qué ha venido usted ahora?
Blasa. No mas que á decir que abran
los ojos á vuestros padres,
que tienen muchas legañas. (*riense*
Reid , enseñad los dientes, (*todos.*
que si me descoso::-
Ped. Vaya,
descósase usted, y despache.
Gin. Abuela , no sea cansada.
Blasa. ¿Abuela yo? mire el niño,
y cumplió la última Pascua::-
Gin. Ahora no viene al caso
la edad aquí para nada.
Ped. ¿Quiere dexarnos en paz ?
Blasa. Mas la tienen perturbada
en el Lugar vuestros hijos,
que todas las noches se hablan
por aquella ventanilla,
saltando huertos y tapias
este pícaro.
Juan. Es embuste.
Ros. ¡Qué testimonios levanta
usted , Tia!
Blasa. ¿Testimonios?
¿Negarás que ahora llamabas
á esta puerta?
Juan. Para entrar
qualquiera que viene llama.
Blasa. ¿No diste despues la vuelta
por la calleja á la espalda
de ésta , y trepando como un
ga-

gatillo por la muralla,
saltaste á mi huerto?
Juan. ¿ Yo ?
Blasa. Tú : yo ví cómo trepabas
sobre mi higuera, y caiste,
porque se tronchó la rama
mejor. Reniego de tí.
Y luego con mucha rabia
te levantaste, y te asiste
del marco de esa ventana,
y entraste::-
Juan. Padre, que miente.
Blasa. ¿Tú me desmientes canalla?
Pues desmiente á tu sombrero,
que debaxo de mi saya
traigo para buen testigo.
Gin. y Ped. Pues pícaro::
Juan. ¡Ay que me matan!
Gin. Ese era el ruido, Perico?
no tienes honra ni barbas,
si no le castigas.
Juan. ¡Ay! *huyendo.*
Ped. Te he de hacer dos mil tajadas.
Ros. Todo por usted.
Blasa. Tio Pedro: *defendiéndole.*
Ay, hijo de mis entrañas,
que ahora me acuerdo de que
estuvo tu madre mala,
y te dí la teta un mes.
Ros. y Juan. Padre mio de mi alma,
De rodillas.
perdon.
Gin. Tio Pedro, discurro *Ap. los 2.*
que se anticipó la Pascua.
Ped. Yo estoy en lo mismo.
Gin. Pues
echemos el pecho al agua.
Los 2. Levantaos.
Ros. y Juan. ¿Para qué? *temblando.*
Blasa. Para casarte muchacha
con Juanillo : ¿no lo entiendes?
Ros. ¿Será cierto?
Gin. Sí, mañana
le darás la mano.
Ros. Quanto
ha que se la tengo dada.
Juan. Y papel.
Gin. ¿Cómo, si no
sabe escribir ?
Juan. Nunca falta
quien sepa.
Gin. ¿Y quién le firmó ?
Ros. Un testigo á ruego.
Ped. Vaya
que nuestras disposiciones
se han lucido.
Gin. Demos gracias
á Dios de que no hayan sido
un poco mas atrasadas.
Blasa. Ya muerto el asno, de poco
sirve al rabo la cebada.
Esto se acabó: jolgorio
y banquetes; que aunque anciana,
á comer y respingar
apuesto con las Gitanas.
Gin. Pues vamos á disponer
la boda.
Juan. Y el celebrarla
desde ahora correrá
de cuenta de los muchachos
y muchachas de mi escuela
con una grande tonada,
que para el tiempo presente
esta propia tarde ensayan.
Gin. Diles que vengan al punto
á merendar, y á cantarla.
Blasa. Yo iré, yo iré, que me muero
por broma y por algazara. *Vase.*
Tod. Y aquí concluye la idea,
aplaudidla, ó disculpadla.

FIN.